

ANTICIPO

Al fallecer, a los 41, a fines del año pasado el escritor Jaime Laso se recordó su ausencia como la prueba final de un hombre que parecía oscilar entre el artista pensado por Sartre y por Camus. Su novela *El cepo* es como una especie de sinfonía en gris mayor de la burocracia, la despersonalización y la opacidad.

Jaime Laso, diplomático de carrera, desempeñó un cargo en Haití. Vio mucho más de lo que debía. Prefirió los riesgos del que observa a la paz del oficio neutro y repulido. Haití se le fue transformando en una novela extraña, directa, cargada por los lados de un espanto más o menos soterrado y de una cordidez vital burdo ejemplar. Cuando Graham Greene publicó *Los comediantes*, estudio sobre el mismo ámbito, Laso supo que debería reescribir su libro y proponer otras zonas haitianas como posibles núcleos narrativos. Allí surgió *Black and Blanc*, obra póstuma, cuyo interés aumenta en la medida en que los personajes se someten a los arbitrios de ese atar que encubre toda seguridad personal en Haití. La Editorial Universitaria publicará próximamente la obra, de la que adelantamos dos capítulos, uno de ellos particularmente vivo, en que se presenta la recepción diplomática de Papi Doc, por mal nombre Ducalier...

Jaime Laso

Black and Blanc

EL PROTOCOLO citó a las ocho de la mañana. Pero la nota se había recibido solamente la noche anterior. Era una de las tantas maneras de molestar a los blancos. En especial, blancos diplomáticos. EL decía que éramos sus enemigos; en el fondo, no dejaba de tener razón. No podíamos quejarnos. Los blancos habían tenido por siglos en un puño a los negros. Luego, los mulatos habían sucedido a los blancos. Con EL finalmente, los negros eran los Señores. ¿Los negros? Sí... Representados por EL...

Con anteojos negros, encubriendo un sueño terrible, llegó a las ocho quince a la Catedral. Sucia y descascarada, parecía un reflejo del país. Todos vestidos de blanco, entregaban una rara impresión: un invertido negativo de películas; o moscas en leche, para recordar mi infancia.

Colegiales uniformados con redondos sombreros de paja ocupaban las bancas de la nave principal. Al fondo, el altar. Al costado derecho el cuerpo diplomático, y a la izquierda, enfrentándolos, jefes de las Fuerzas Armadas. Extrañé al coronel Luc Jean Baptiste. Recordé que días antes había sido trasladado, apresado y fusilado. Borges me guiñó un ojo. En todo militar que no me rehuía, contemplaba un posible aislado. Porque en cada Teófilo veía renovarse las morenas caras. Grave y muy negro, el Representante de EL ocupaba un sillón rojo, con reclinatorio del mismo color. A poca distancia, los Secretarios y Subsecretarios de Estado. Algunos, entre ellos Gorille, nos miraban despreciativamente. Alcándor, el de Finanzas, con odio. En una ocasión había dicho: "Podemos perdonarlo todo, menos que nos ofenda por el color de la piel"...

Los vitrales coloreados mostraban varios huesos. El ciclón del año anterior había causado estragos aún no reparados. El calor se unía al perfume del incienso, provocando más sueño. Diez monaguillos, vestidos de

ESCRITOR LASO
Novela póstuma



rojo y blanco, semejaban chimpancés amaestrados. Tras de nosotros, el clero nacional y foráneo. Se percibía un olor variado. Los acordes del órgano impedían mucho.

A la izquierda tenía al Ministro de la Orden de Malta. Cuando enfrentábamos el altar, se presentaba ante mí su calva en forma de techo suizo.

El sacerdote pidió que nos sentáramos. Max Arube, el colombiano, ya había cerrado los ojos. A medida que su barbilla bajaba hacia el pecho, cobraba un prognatismo más pronunciado. Si hubiera podido olfatearlo, habría desprendido la característica nota del sueño. Daba la impresión de no haberse lavado.

El arzobispo negro, con traza de púgil decadente, comenzó bendiciéndonos. Durante el sacrificio de la santa misa, estoy seguro, escuchaba redoblar de tambores. Tal vez por eso lo encontré falso; igual que su sonrisa, cuando saludaba con una cortesía versallesca. La conocida pregunta: "¿Qué pasaría si Dios fuera negro?", perdía aquí totalmente su significado.

El sacerdote pidió levantarse. Tornamos los rostros hacia el altar. Una mosca aterrizó en la calva del Ministro de la Orden de Malta. Como podía espantarse, soplé con suavidad. La mosca descendió la montaña.

El calor se acentuaba. Nos sentamos. Delante de mí el Marqués del Postigo; por su cuello de toro estriado de arrugas y largos pelos canos, las gotas de sudor se sucedían con rapidez, yendo a perderse en la camisa. Traté de inquirir la fuente de esa misteriosa transpiración. Desaparecía entre su cuero cabelludo. La campanilla replicó tres veces. Observé que el Marqués en lugar de golpearse el pecho llevaba su mano a la altura de la barriga. El canadiense, que lo vio, no quiso mirarme. La música del órgano, las canciones y coros de Palestrina continuaban adormeciéndonos.

El Arzobispo hablaba. El Ministro de la Orden de Malta puso su mano como corneta para escuchar mejor. El tiempo no transcurría.

Pretendí saber quién era el último en la fila de Embajadores, porque extrañé que el español fuera ya vicedecano. Faltaba el francés, eso sí. Pero De la Malaine jamás venía. Advertí con cierto temor cómo el sol se acercaba. El peruano, al lado derecho, tocó mi codo, mostrándome su reloj. Indicó el sol que a través de la gótica ventana había avanzado otro dibujo en el mosaico. Se golpeó la pierna para aplastar un zancudo.

Estos mosquitos son terribles —dijo en voz baja, pero siempre aguda—. Las hembras transmiten la malaria —reforzó.

—Arranca de las hembras... —repliqué.

No le hizo gracia la respuesta y continuó mirando al frente, muy erguido, con la barbilla alzada. En esa forma deseaba evitar la doble papada.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Black and blanc. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile